

Domingo 2º Cuaresma, B.
Padre Pedro José Ynaraja Díaz

COMENTARIO

Cuando el hombre intuye la Trascendencia, aunque las nociones que de Ella tenga puedan ser borrosas y minúsculas, se atreve a expresar sus respetos mediante el idioma más universal que existe: el dibujo. Tales diseños que se conservan aun hoy en día en diversos lugares, cuevas casi siempre, del ancho mundo, son iniciales oraciones. Tal es el sentido que los paleontólogos dan a las pinturas rupestres. He sentido gran respeto cuando he podido en diversas ocasiones visitar las de Altamira y semejante actitud me merecen las otras que sin tanta categoría y belleza conservan también el recuerdo de que antecesores nuestros olvidaron durante cierto tiempo sus necesidades de cazar con sus ágiles manos y primitivas armas y lo dedicaron a solicitar la ayuda de los espíritus de aquellos animales que pretendían fueran sus para conseguir sus víctimas.

A la práctica de la oración le siguió el sacrificio. Conseguidas sus presas, imaginando que eran dones de los espíritus o de las divinidades a las que había invocado, elevaban su mirada al cielo, levantaban algo de lo conseguido con su esfuerzo, mostrándoselo humildemente y en señal de que se sentían escuchados, derramaban sobre la madre tierra la sangre de la víctima, si eran de cultura beduina o destruían las primeras espigas que en sus campos habían aparecido, si su cultura era agrícola.

Caminar siempre implica la probabilidad de equivocarse. De ofrecer animalitos se pasó a ofrecer niños. Fue práctica bastante general, sin plantearse interrogantes sobre su legitimidad.

Abraham era un beduino al que su Dios, que en confianza le había dado a conocer hasta su nombre, y le había ido procurando abundante tierras de pastoreo para sus rebaños, parece que le solicita el símbolo de adoración máspreciado, el sacrificio de su hijo. Y él sin dudas ni miramientos, le dice que sí y hacia las tierras lejanas que se le indica se dirige dócilmente.

Pero su Dios no es una divinidad cualquiera y desea que lo sepa con exactitud. Toda opción exige una renuncia. Había Abraham optado por la amistad personal y le pide el tal eminente Amigo, que renuncie a lo que más quería y le procuraba la perennidad histórica, según la primitiva mentalidad de aquellos tiempos. Abraham creía que su perennidad residía en Isaac su hijo y debía aceptar hasta su misma extinción personal si era preciso, pero nobleza obliga.

Abraham con su heroico gesto nos da una ejemplar lección. De él debemos estar siempre dispuestos a aprender e imitar su comportamiento, aunque no lo entendamos.

El pasaje, sublime comportamiento humano, nos enseña también que Dios no desea tales ofrecimientos, que la vida humana merece respeto.

Del pasaje de la Transfiguración me gustaría poder detenerme y explicaros muchas cosas con detalle, pero resultaría un comentario demasiado largo. Me limito, pues, a recordaros el escrito que no hace mucho os envié, referente a la corporeidad humana.

Moisés murió viejo y achacoso en el monte Nevo, Elías terminó su vida prodigiosamente incinerado. Jesús todavía vivía y vestía por aquel entonces como cualquier hijo de vecino. El cuerpo con el que se encuentran en la santa montaña, no obstante, es brillante y luminoso, como los de sus acompañantes fallecidos hacia siglos.

San Pablo diría que en tal visión se trata de cuerpos espirituales (1 Corintios 15:42).

Se le concede a los tres discípulos, los amigos preferidos del Señor, el don de conocer lo que les espera tras su muerte. Se trata de una confidencia para que conserven siempre la esperanza.

A nosotros nos llega la información, para que no perdamos tampoco nunca la Esperanza. Llamadle, si así os gusta, una vacuna para que no sufráis la falta de Esperanza, mal peor que cualquier pandemia que pudiera ensombreceros.

TEXTOS

del Libro del Génesis 22, 1-2. 9a. 15-18.

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: «¡Abrahán!». Él respondió: «Aquí estoy». Dios dijo: «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécemelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré». Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña. Entonces Abrahán alargó la mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abrahán, Abrahán!». Él contestó: «Aquí estoy». El ángel le ordenó: «No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo». Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. El ángel del Señor llamó a Abrahán por segunda vez desde el cielo y le dijo: «Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de sus enemigos. Todas las naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia, porque has escuchado mi voz».

de la carta de San Pablo a los Romanos 8, 31b- 34.

Hermanos: Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros?

del Evangelio según San Marcos 9, 1-10.

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, sube aparte con ellos solos a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía qué decir, pues estaban asustados. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo». De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban del monte, les ordenó que no contasen a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre

resucitara de entre los muertos. Esto se les quedó grabado y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos.